

LOS CIMIENTOS DE LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA (*)

por JOSE MANUEL MARTINEZ BANDE
Coronel de Artillería del Servicio Histórico Militar

Adiós al pasado...

El 14 de abril de 1931 significó para gran número de españoles una esperanza abierta al porvenir, y bien puede decirse que los escépticos eran minoría. Al parecer, la Monarquía como forma política, había cumplido su ciclo de vida y ahora surgía en su lugar una República fresca, radiante y llena de promesas para su futuro que era ya presente.

La verdad es que al llegar el siglo XIX se había hecho patente en la vida española una absoluta discordia, que probablemente tenía unas raíces ocultas antiquísimas, quizá eternas. Crisis tras crisis, fueron pasando los años, y ahora —14 de abril de 1931—, estallaba la definitiva e irreversible crisis, destinada a llevarse todo un mundo por delante. Muchos pensaban que la Monarquía era incapaz de proseguir la Historia de España de un modo natural, continuado y fecundo, y que algo falló en ella.

El siglo XIX no había sido para nosotros un siglo afortunado. Las luchas civiles lo fueron jalonando, y con las luchas, la esterilidad. Mientras en Europa se promovían hondos cambios, bien que no siempre resultasen felices, aquí se perdían los años y las energías en discutir cruentamente cuál era el camino que debía seguirse.

Por eso, cuando en 1874 se restauró la vieja Monarquía —tras varias guerras civiles, revoluciones y cambios de régimen—, los españoles creyeron haber alcanzado el ansiado puerto de arribada, luego de una difícil navegación, llena de sobresaltos. La ilusión no duraría demasiados años: exactamente cincuenta y siete, fallando al final la plataforma de convivencia, el suelo del hogar común.

(*) Este artículo es una primicia que su autor tiene la atención de conceder a nuestra REVISTA, y que constituirá el primer capítulo de la importante obra de conjunto que prepara sobre el tema de la Guerra de España, de la que es hoy su primer historiador.

Un país singular y difícil

Pese al progreso creciente iniciado tras la Restauración y acelerado en algunos aspectos durante los años de la Dictadura, España aparecía en 1931 como país de muy escaso desarrollo comparado con la mayoría de los europeos. Un gran atraso presidía la vida de casi todas las regiones, comarcas, ciudades y pueblos, con elevado índice de analfabetismo, necesidades a veces elementales sin cubrir y una tasa alta de emigración, interior o exterior.

La agricultura arcaica era la fuente normal de riqueza, al lado de la cual figuraba una casi balbuciente industria, servicios insuficientes y un comercio pobre. Al clima generalmente duro, a la topografía atormentada e ingrata, acompañaba el carácter singular de las gentes.

Individualistas, propicios al aislamiento, a la introversión y la exclusividad, a tomarse las cosas y la justicia por su mano, a la soberbia vanidosa, los españoles se mostraban rebeldes a toda forma de convivencia. La pasión vehemente pero inconstante, oscilando siempre entre lo súbito y lo apático, hacía que la voluntad estuviese normalmente mal gobernada, como obra del arrebatado pasajero. Las ideas se ocultaban bajo habituales descargas emocionales, y la mente se nublaba con ello. En los peores momentos, el español sufría un fatalismo resignado y abúlico.

Y, sin embargo, este pueblo así postrado había tenido en su pasado siglos espléndidos, brillantes y a la vez enormemente positivos. El que, al mudarse los tiempos, se mudaran también las ideas y las valoraciones, nada alteraba el hecho indiscutible de haber prestado España a la Historia servicios difíciles de medir, que nunca podían desnaturalizarse como obras de la casualidad.

Por mucho que pesara la leyenda negra, estaba claro que el mundo nos debía algunas dianas máximas. Era imposible comprender la cultura occidental sin aceptar la participación española; abrazar la idea de Europa, ignorando a quien la defendiera más de una vez con las armas en la mano y estratégicamente; olvidarse del descubrimiento de un nuevo mundo y de quien había proclamado la unidad espiritual del género humano por encima de razas y distinto desarrollo, según la idea de Cristo, que sólo nosotros lleváramos a las últimas consecuencias.

Nuestra innata capacidad de entusiasmo había encontrado empleo adecuado en las grandes empresas. Pero ante las pequeñas, sin brillo espectacular, sin resultados inmediatos, el español no sentía interés alguno. Ahora bien, entre las empresas aparentemente borrosas, aunque a la larga no lo sean, figura la política, la gestión de la cosa pública, la administración de los intereses materiales y la realización de la convivencia humana.

En 1931 lo que se ofreció ante los españoles era una empresa política. Se trataba de seguir viviendo en un trozo de mundo.

La crisis del Estado

La dura realidad ofreció, aun en la pacífica y constructiva Restauración de 1874, un divorcio entre lo que se llamó España real y España oficial. Esta última aparecía representada por la maquinaria política, esto es, por los partidos turnantes, grupos de presión, administración y estamentos sociales privilegiados, todos los cuales sostenían y eran sostenidos a la vez por el funcionamiento de la maquinaria. Pero fuera quedaban individuos y masas, hombres y multitudes de muy varia significación, alejadas de la vida política, a la que repudiaban por considerarla encarnación de la vacuidad y picaresca. Eran gentes de distinta condición económica y social, que se entregaban a su particular quehacer, sabedoras de que la vida tenían que resolvérsela por sí mismos. En ocasiones, ese su quehacer coincidía con la más ruda y despiadada lucha por la existencia.

Dejando a un lado la política, los contrastes sociales se ofrecían hirientes. No era sólo en España donde el que poseía no entregaba normalmente sus bienes por pura generosidad, sino tan sólo por la fuerza, por el miedo o por el cohibido respeto a la ley, pero aquí, en la España disociada y en crisis histórica, los problemas sociales se agudizaban de modo dramático y peculiarísimo.

La falta en los pueblos y pequeñas ciudades de una burguesía inteligente, ambiciosa y trabajadora, había anquilosado el crecimiento y evolución de los antiquísimos núcleos urbanos. El «paisaje» español eran propio de siglos fenecidos en el mundo, y ello tanto material como espiritualmente. Y la clase rectora —la España oficial—, o no sabía, o no quería, o no podía forzar aquella evolución. El desprecio por la colectivo, el apego excesivo al propio interés y la ausencia de una auténtica tradición evolutiva nos habían inmovilizado en mitad del camino.

Pero la España estancada y apartada a un lado no había dejado internamente de vibrar. Esta última vibración la hacía prometedora, porque proclamaba que no estaba muerta, pero también, peligrosa: todo dependía de cómo fuese su despertar.

Este se inició torpemente, en las últimas décadas del siglo XIX. No lo produjo quien debió producirlo, porque era su obligación además de su conveniencia, y ello planteó las primeras y dramáticas convulsiones sociales. Gran parte de la marginada España real se dio cuenta de que nada tenía que ver con el Estado en que vivía; de rechazo, identificó con él a la sociedad entera, y luego a la norma. Prácticamente se colocó fuera de toda legalidad.

Así llegó un día en España la República.

Signos y peligros del tiempo

España dejó la Monarquía cuando en la sociedad occidental se detectaban claramente signos peligrosos para su salud y pervivencia.

Desde 1917, la civilización única conocida se veía afectada y amenazada por otra distinta, y aún más, opuesta. El comunismo, implantado bruscamente en un país lejano, constituía una forma de vida incompatible con la establecida hasta entonces, y pronto se montaría una trágica pugna entre dos mentalidades, no sólo diferentes, sino adversarias, hasta no caber ambas en el mundo. Porque al hombre le mueven las ideas, que incluso descubren el valor que para él tienen las cosas materiales, los intereses prácticos.

La U. R. S. S. era entonces todavía un Estado débil, pero ignorarla favorecía su fortalecimiento. Lo peor aquí era la decadencia de la sociedad liberal, herida, pese a su aparente esplendor. Abundaban quienes creían que su fin se vislumbraba ya en el horizonte de la Historia y que un mal signo era esa su indiferencia e incluso complacencia ante el enemigo mortal comunista.

Contra él sólo aparecía plantado en mitad del camino lo que, vagamente, se llamaba fascismo. Su definición no era fácil pero sí la enumeración de los adversarios ante los que se enfrentaba. Eran éstos, por un lado, el comunismo, que se proponía destruir la sociedad occidental, y por otro, el liberalismo democrático que encarnaba esa sociedad, y que se mostraba impotente y ciego ante el primero, pese a que tratase éste de destruirla. Teóricamente, el fascismo recogía parte de la herencia del pasado y parte de la bandera que alzaba el revolucionarismo social, pero, en el fondo representaba una actitud más defensiva que ofensiva.

Estos eran los dos aparentes grandes peligros de una República que se izaba sobre el pavés de la Libertad. Peligros exteriores, por supuesto, comunes a todos los países democráticos, pero España, con su peculiarísima idiosincrasia, tenía aquí sus particulares enemigos declarados o no.

El imposible anarquismo

Tan difícil es imaginarnos un anarquista nórdico, como fácil y hasta brutalmente natural y lógico, un anarquista español.

El anarquismo tuvo sobrados motivos para prender hondamente en nuestro suelo y temperamento. Exaltaba al individuo hasta límites increíbles y preconizaba, como táctica, la revolución total y fulminante, que en un santiamén conduciría al paraíso en la tierra, un paraíso primitivo, de economía simple, donde los hombres, con absoluta libertad, se guiarían por pactos elementales. El Estado y en rea-

lidad cualquier forma de Poder político, y aún de apariencia de Poder espiritual —así, la Religión—, eran el gran enemigo, y contra él y para llegar al paraíso, debía emplearse el terror, un terror indiscriminado, donde muchas veces caerían los justos al lado de los pecadores. Eso sí, para el anarquismo no había clases sociales ni luchas entre ellas: era «una idea universal que abarcaba todo el género humano» (1).

He aquí, pues, la gran Utopía, pero el español es utópico por ensoñador y perezoso, amigo de lo inmediato y absoluto y enemigo de lo trabajosamente elaborado. Nada extrañaba, por eso, que el anarquismo prendiese en España en fuerza y extensión, particularmente en las comarcas más desheredadas, material e intelectualmente.

Sólo que la violencia continua provoca cansancio y con el cansancio un deseo de mayor realismo y cordura. La Confederación Nacional de Trabajo, o C. N. T., nacida en 1910, con finalidades más sindicales que políticas e ideológicas, era un buen ejemplo. Aunque con alma anarquista, la C. N. T. dio pie para algunos intentos constructivos y alumbró en tal sentido algunas figuras prometedoras, de las cuales la más destacada fue la de Salvador Seguí. Su muerte violenta y prematura supuso el aborto de una posibilidad remota de encarrilar en cierto modo el anarquismo español.

La disolución de la Confederación durante la Dictadura, dio pretexto a que en 1927 se crease, a modo de sucedáneo y clandestinamente, la F. A. I. o Federación Anarquista Ibérica. Y cuando tras el derrocamiento de la Monarquía volvió la C. N. T. lo hizo ya con un signo radical, unida —y mediatizada—, por la F. A. I. Los líderes máximos iban a ser los más extremistas anarquistas: los Ascaso, Durutti, García Oliver, Ricardo Sanz...

Un nuevo brote de relativa cordura animaría, ya durante la República, en agosto de 1931, el movimiento llamado «treintista» o de los treinta, entre los cuales los más destacados serían Angel Pestaña, Juan Peiró y Juan López; movimiento que derivaría luego hacia el Partido Sindicalista, del primero, partido sin masas y, por ello, sin posibilidades. Los anarquistas relativamente moderados que no abandonaron la F. A. I. —Horacio Prieto, Diego Abad de Santillán—, poco pudieron hacer.

«Todavía está hoy por aclarar si el anarquismo se desarrolló a consecuencia de la falta de visión y dureza del patrono español, o bien si éste adoptó su posición de fuerte resistencia ante la tendencia del sindicalismo anarquista a la acción subversiva o declaradamente revolucionaria. En todo caso, mientras la burguesía e incluso los Gobiernos llegaron a poder negociar con la Unión General de Trabajadores (U. G. T.), organización laboral del Partido Socialista, y éste participó en la vida política y municipal española, el sindicalismo anarquista fue inmanejable» (2).

(1) FEDERICA MONTSENY, en *Sábado Gráfico*, 23-VII-1975.

(2) J. VICENS VVES, *Aproximación a la Historia de España*, 158.

La ambigüedad socialista

El Socialismo se organiza en España con Pablo Iglesias a partir de 1871, es decir, mucho antes que el sindicalismo de la C. N. T., creando en 1888 una organización sindical propia: la U. G. T. o Unión General de Trabajadores, pronto rival de aquella. Desde los primeros momentos, el Socialismo español aparece como un movimiento radical, pero no utópico, bien organizado, educador de masas, de moral laica y ferozmente anticlerical. Su fundador es un marxista convencido, austero, defensor de la lucha de clases, de la dictadura del proletariado y de la revolución total, aunque pacte con los Gobiernos burgueses de la Monarquía mejoras para la clase obrera: piensa que hasta que llegue el momento de asaltar el Poder, por la descomposición del sistema político imperante, hay que esperar.

Iglesias manifestó siempre un absoluto recelo hacia los intelectuales, pero el Socialismo era hijo de una doctrina científica y ello explica la fuerza de atracción que ejerció en el mundo del pensamiento, en el de los escritores y profesores. Serían varios de éstos los que entrarían en él, con su carga culto más o menos humanista, destacando entre todos —Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Juan Negrín—, Julián Besteiro, curado un día de sus ardores revolucionarios de 1917. Partidario del laborismo inglés, Besteiro consideraba que el ideal total era el Socialismo, el marxismo, pero realizado en el seno de una sociedad capitalista llegada a la madurez: fórmula imposible para Pablo Iglesias.

De esta forma bien puede decirse que el Socialismo español nunca fue un movimiento monolítico, dibujándose cada día más en su seno hondas tensiones. La ambigüedad se acentuaría con el triunfo de la revolución rusa, que obligaba a tomar posiciones decisivas, y con la mejora paulatina del nivel de vida del proletariado español, que iniciaba un tímido despegue de sus anteriores situaciones misérrimas, ganando a la vez en cultura. Pablo Iglesias decidiría, ya en las postrimerías de su vida, «dar la razón a la III Internacional y adherirse a la II» (3).

¶ Era una táctica realista que llevaría a la colaboración plena con la Dictadura. Esta colaboración la apoyarían principalmente Largo Caballero y Besteiro, con la oposición decidida de Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto, entre otros menos destacados. Largo Caballero sostendría a principios de 1926 que «la transformación de un régimen burgués en socialista no es cosa que se imponga en un día, sino que ha de operarse constantemente», declarándose reformista y enemigo de la revolución, y asegurando en 1929 que «había pasado el tiempo de la acción directa» (4).

(3) ENRIQUE TIerno GALVÁN, en *Tiempo de Historia*, IV-1975.

(4) *El Socialista*, 19-II-1926 y 3-I-1929.

El ocaso de la Dictadura significó el principio del fin del gubernamentalismo socialista. Pero la ambigüedad se había introducido en sus filas, y con ello la duda, máximo enemigo de toda actividad política. En 1931, ya de cara al futuro republicano, este Socialismo era una pura incógnita. No había participado en la conspiración antimonárquica, mas resultaba obvio que sin su apoyo electoral la República no habría venido; y ahora, en el Gobierno Provisional, figuraban tres ministros socialistas, uno de ellos en la cartera típicamente obrerista, la de Trabajo. Casi toda la burguesía republicana esperaba, por eso, con confianza, que el Partido Socialista democratizaría definitivamente su pasado dudoso, hasta convertirse en un partido más del nuevo régimen, aunque diferenciado lógicamente de los otros por su hondo y exigente programa social.

No todos eran de este parecer y el porvenir se encargaría de desvelar la incógnita.

El mínimo Comunismo

En 1931 el Comunismo en España era una vaga sombra, que se proyectaba imprecisa sobre el futuro. Los más hablaban del peligro comunista pero eran pocos los que conocían a fondo las magnitudes exactas de aquel peligro en potencia, capaz de apoderarse del Estado republicano recién nacido hasta destruirlo.

Oficialmente estaba el P. C. E. o Partido Comunista Español, de José Bullejos, ortodoxo, y los heterogéneos Bloc Obrero y Campesino, de Jaime Arquer y Joaquín Maurín, y la Izquierda Comunista, de Andrés Nin. El P. C. E. había sido fundado por socialistas que eligieron la III Internacional en vez de la II, pero muchos de ellos volvieron pronto al redil. Ahora, la esperanza del comunismo estaba en el anarquismo, coto adecuado para la captación de masas anhelantes de un rápido paraíso.

En cuanto a los comunismos heterodoxos, su razón de ser radicaba en el hirsuto y orgulloso carácter hispano independentista, reacio al sometimiento ciego a unas directrices extrañas, dadas por hombres que no admitían fáciles réplicas.

Frente a la República, estos mandos de la Komintern exigían una revolución inmediata, que se apoderara del poder; la exigencia —hija de una ignorancia evidente de lo que España era entonces—, resultaba imposible de cumplir y pronto caería Bullejos en desgracia, operándose en el seno del P. C. E., cambios sustanciales.

El bronco y difícil proletariado español

En 1931 son muchos los que aquí confunden las palabras República y revolución: Revolución no única, sino, por el contrario, vestida con varios ropajes.

Los ropajes eran fundamentalmente dos; el que podríamos llamar indígena, y el foráneo. «Desde Europa soplaban el viento del misticismo comunista, mientras que en España se mantenía el fuero sagrado del anarquismo ácrata (5): marxismo y anarquismo, comunismo estatal y comunismo libertario.

En aquella España sin desarrollo, las zonas más aptas para la simiente revolucionaria coincidían con los territorios latifundistas —Andalucía, Extremadura, parte de la Mancha, algunas comarcas de Aragón—, y aquellos otros en los que se había iniciado un incipiente desarrollo: Vizcaya, Guipúzcoa, Cataluña, determinadas ciudades levantinas, Asturias, Madrid.

En términos generales, el latifundismo daba un clima más apto para la anarquía ácrata: el industrialismo, para el marxismo. Y si la cuna española del anarquismo era, junto con Aragón, Cataluña, cúlpese de ello a la riada emigratoria del Sur y Este español, terrenos aptos para aquella siembra.

Las dos ramas revolucionarias apenas si tenían, o tuvieron, tal o cual contacto táctico en las luchas sociales. Pese a fugaces momentos en que parecía posible toda avenencia, socialista y anarcosindicalistas eran, más que diferentes, enemigos declarados. Crecían o decrecían cada cual a costa del otro y según las vicisitudes políticas, ya que su clientela era en el fondo idéntica, lo que suponía una eterna disputa, con peligro de las propias reivindicaciones de clase.

Esta disputa existía casi desde siempre, se haría patente durante la República y se prolongaría con las más encendidas luchas durante la guerra, cuando el Socialismo había sido minado por el Comunismo, que ya no era precisamente minoritario.

Del hecho diferencial al separatismo

Quizá no existe ningún síntoma tan expresivo de nuestra decadencia a partir de los últimos años del pasado siglo, como el fenómeno separatista.

Originariamente, este Separatismo nace sobre un sentirse incómodo, dentro de la sociedad española, de pequeñas minorías, que, al compás de quebrantos, duelos y fracasos, crecen hasta convertirse en grupos poderosos. Polarizarían ese descontento dos regiones que tenían y tienen versión francesa, su «doble» al otro lado del Pirineo. Que allí no se diese el fenómeno separatista se explica porque los «dobles» poseían el rango local más modesto dentro de un Estado de gran riqueza y en constante proceso ascensional y dominante en el mundial concierto político. En España ocurría lo contrario: el país se hundía en la decadencia, y Cataluña y el País Vasco eran las partes más prósperas y de mayor porvenir del territorio español.

El fenómeno era, por otra parte, una consecuencia de la tendencia

(5) JESÚS PABÓN, *Cambó*, II, 2.ª, 168.

dispersiva peninsular, agravada al venir los años de crisis y penuria, una tara consustancial con la falta de sentimiento solidario; y a la vez del atradicionalismo, del volverse de espaldas al pasado, defecto igualmente español.

Para explicar el fenómeno separatista se acude primero a lo que, con respecto a Cataluña, se llamó «hecho diferencial», en verdad auténtico. De ese «hecho» se dan primero cuenta los catalanes, a través de tres personalidades, que lo irán agrandando y profundizando: Mañé y Flaquer, el obispo Torras y Bages y Valentín Almirall. Prat de la Riva, ya a caballo de los siglos XIX y XX, diferenciará la patria —Cataluña—, y el Estado —España—, que va contra la patria. Prat, suavizará, luego su tesis y aún creará un órgano político de colaboración: la Lliga, pero será ya tarde y la siembra primera dará sus frutos. El político que recoge la herencia rectificadora se llamará Francisco Cambó.

En 1919 se separaría de la Lliga Francisco Maciá, que al unirse con otros disidentes y algunos intelectuales fundaría el partido del Estat Catalá, acusadamente izquierdista frente al conservadurismo lliguista. Otros grupos —Acció Catalá, de Carrasco Formiguera, y Acció Republican de Catalunya—, tendrían menos importancia.

El nacionalismo vasco es posterior al catalán pero más radical e intransigente y más antiespañol, quizá por estar basado en pilares de mayor solidez: una raza distinta, «anticontaminada», una lengua única... Al lado de tales pilares una historia prefabricada apenas si tendría consistencia. El jefe del Partido Nacionalista Vasco, Sabino de Arana y Goiri, rectificaría su primitiva posición radical, al final, pero sólo aparentemente.

El Partido, tradicional, clerical inclusive, vería luego surgir una débil réplica en Acción Nacionalista Vasca, de Anacleto Ortueta, liberal, izquierdista templado.

Lo más doloroso de estos separatismos era el odio a España, encarnado en consignas, «¡muera!» y escarnios a símbolos e instituciones. La Dictadura los adormecería aparentemente, pero la República les haría despertar con ímpetu nuevo, hasta dar la impresión de que es éste un problema sin solución posible: problema «que no se puede resolver, que sólo se puede conllevar» (6).

Ideas, espíritu

Detrás de toda crisis política está una crisis espiritual, ideológica. ¿Cómo era, en este terreno, la España que vio nacer la República?

El campo de la cultura española de 1931 —campo filosófico, literario, artístico—, revestía indudable esplendor. Debatíanse solitarios en sus celdas y centros de trabajo algunos egregios religiosos —los padres Santiago Ramírez en el campo de la Teología, Arintero en el

(6) JOSÉ ORTEGA Y GASSET, en las Cortes, 13-V-1932.

de la Mística; Zacarías García Villada o Asín Palacios en los estudios históricos, Luis Rodés en los de Astronomía, Enrique de Rafael en la Matemática, el padre Vitoria en Química—, y fuera mostraban su saber vario un largo itinerario de seglares ilustres. Por citar algunos, Unamuno, Maeztu, d'Ors, García-Morente y Ortega y Gasset en la Filosofía y el Ensayo; Azorín, los Machado, Benavente, Baroja y García Lorca en la Literatura; Menéndez Pidal, García Moreno, Ballesteros o Sánchez Albornoz en la Historia; Rey Pastor, Eduardo Torroja, Esteban Terradas, Julio Palacios, Arturo Duperrier y Juan de la Cierva, en la teoría o práctica de la Ciencia; Victorio Macho, Zuazo, López Otero, Zuloaga, Picasso, Sert y tantos otros en las Artes plásticas, con su ciento de gamas conocidas; Manuel de Falla y los Hafter, en la Música... Lista copiosa y rica, casi interminable.

Un nuevo siglo de Oro florecía en la calle, en los periódicos, en los ateneos y aulas. Superficialmente parecía que una sociedad así enriquecida era fuerte, sana, con suficiente vigor para capear todos los temporales. Desde el punto de vista del pensamiento liberal, la reflexión resultaba exacta, sólo que ese pensamiento estaba edificado sobre una piedra movediza: la de que la Libertad lleva a la Verdad.

Ahora se iba a poner a prueba el edificio.

Ortodoxos y heterodoxos

Durante varios siglos, la Iglesia católica fue en España la única depositaria del saber y de la dirección espiritual, pero en el siglo xx esa circunstancia pertenecía al Ayer, como simple recuerdo. Hacía ya muchos años que la Iglesia vivía aquí, en este estadio tan mundano como eterno de la cultura, en actitud defensiva, que es actitud perdedora, nutriéndose de la savia de su propia inercia e identificándose excesivamente con el pensamiento antiguo, hasta hacerse con él consustancial.

En la caída de la Monarquía, es decir, del pasado, había desempeñado un papel importantísimo la que podíamos llamar oposición «ilustrada». Allí estaba la Institución Libre de Enseñanza, que un día fundara don Francisco Giner de los Ríos, un diario —*El Sol*—, una publicación mensual de gran vitola —la *Revista de Occidente*—, y un profesor: don José Ortega y Gasset. Eran las cúspides de un pensamiento agnóstico, racionalista abstracto y, como tal, ahistórico. En definitiva, se había planteado una como incompatibilidad u oposición entre dos mundos vitales: el de Dios de una parte, y el de la Razón y la Ciencia de otra, incompatibilidad avivada por los progresos de la revolución científica y técnica.

La que llamamos oposición ilustrada acabó erigiéndose en dictadora del saber: sólo a su sombra se sacaba el título del hombre culto y ello, bien lo sentían los jóvenes universitarios y los que ya no lo eran

pero aspiraban a un puesto dentro del mundo de las profesiones liberales.

Pero no toda la oposición al pensamiento católico aparecía limpiamente agnóstica, fríamente despectiva. El espíritu de la Masonería, aunque se exagerase entonces y después, era evidentemente parcial, político y apasionadamente antirreligioso.

La República fue considerada por ella como éxito propio, particular, y así fue cómo los diferentes periódicos de la secta —*Boletín Oficial del Supremo Consejo del grado 33, Boletín Oficial del Gran Oriente Español, Boletín Oficial de la Gran Lógica Española*— saludarían alborozados su advenimiento. El del «grado 33» en el número del 10 de mayo diría: «No se podrá producir otro fenómeno de revolución política más perfectamente masónico que el español» (7).

La atonía de las viejas huestes

A lo largo de los años cuesta abajo de la Monarquía, las fuerzas que más hondamente la sostenían y que en general podríamos llamar clases conservadoras, esto es las clases más responsables económica y políticamente y también las que por su situación social tenían mejor y mayor acceso a la cultura, adoptaron una postura pobre y torpe, abdicando por partida doble de su obligada y honrosa servidumbre histórica: o ignoraban que son las ideas las que mueven el mundo, desdeñando toda inquietud intelectual, o profesaban una beata y suicida devoción hacia quienes socavaban, poco a poco, con más o menos saña e intención, los cimientos que les sostenían como tales clases sociales.

Lo malo es que, a la larga, la Monarquía había acabado apoyándose fundamentalmente en estas clases, perdiendo así el apoyo de las oligarquías intelectuales, las únicas que realmente contaban, con sus intransigencia, y de las organizaciones obreras de base, como se diría luego, las únicas también que estaban organizadas u organizándose para una conquista futura del Poder.

La gran fuerza espiritual durante la Monarquía había sido la Iglesia católica, pero ya hemos acusado su falta de garra, que había impuesto a los seguidores, si a veces una religiosidad honda y auténtica, otras una fe y conducta superficiales y vacuas. Ahora bien, en las épocas de crisis se acusa más lo malo que lo bueno de lo criticado, convirtiéndose el mal en lugar común de diatribas, con el peligro de que siendo parte parezca todo.

En verdad, la fe significaba para algunos «simple tapadera de la conciencia de clase», en otros era «monstruosamente individualista», a unos terceros no les preocupaba del prójimo más que «su alma», o bien consideraban la atención a ese prójimo «exclusivamente como

(7) JUAN ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, *La apostasía de las masas*, 257 y ss.

limosna al pobre de solemnidad». En conjunto, «el problema era una falta de sentido social» (8).

Se saltaba, pues, inevitablemente, del plano espiritual —amor, caridad—, al estrictamente material, esto es, al de las inquietudes y exigencias de la vida terrenal. Así, en confusa encrucijada, hacían acto de presencia, situándose en un primer plano, los problemas económicos y sociales, las cuestiones relacionadas con la pobreza y al riqueza, que en años y siglos atrás no preocuparon a los directores de la cosa pública y a los dirigentes sociales, pero que ya no podían eludirse.

Las clases conservadoras tomaron aquí una postura «rígidamente hermética, acentuada quizá por la violencia a que se lanzó el elemento obrero, sacudido en muchas de sus situaciones por ese elemento anárquico que es fácil de percibir en lo más hondo del temperamento español» (9). Este temperamento era el que daba verdadera gravedad al problema, ya que nuestros egoísmos conservadores no se diferenciaban aquí gran cosa de los foráneos.

El peligro de la descristianización de las masas y de las minorías, pese a venir de antiguo y ser patente, sólo fue visto por algunos. Angel Herrera Oria, Severino Aznar, el dominico José Gafo, Maximiliano Arboleya, entre otros varios, trataron de crear «élites» dirigentes y una conciencia de arraigo popular. Su éxito fue apenas visible.

A la Monarquía le habían fallado sus cimientos. Y éstos no eran sólo la Iglesia o los más ricos, sino también extensos sectores sociales medtos; porque fallar aquí era quedarse al margen y dejar la calle y la tribuna al enemigo. En cuando al campesinado no revolucionario, su peso, llegado el momento decisivo histórico, no fue apenas estimable.

Pero ni el campesinado, ni los sectores burgueses de economía modesta, tenían la culpa de que los colocados históricamente en el plano de las minorías dirigentes hubiesen abdicado de su gravosa pero honrosa servidumbre de ser los mejores y más obligados por su ejemplo.

Las fuerzas teóricamente nuevas

El régimen republicano había venido un poco sin saber cómo. Sorprendidos los monárquicos, sorprendidos sus enemigos, el 14 de abril produjo lógicamente un vacío que tenía que ser cubierto, sin pausa alguna, por los partidos y organizaciones políticas que fuesen.

Habían de ser fuerzas nuevas o que pareciesen nuevas; porque las

(8) JOSÉ MARÍA GARCÍA-ESCUADERO, *Historia política de las dos Españas*, II, 555, 556 y 1029.

(9) JOSÉ MARÍA GIL ROELES, *No fue posible la paz*, 422.

antiguas fuerzas vivas monárquicas semejaban cuerpos sin alma, en colapso, según acabamos de ver. ¿Qué futuro tenían las gentes y los grupos que tomaban ahora el Poder, de la calle? Nos referimos, naturalmente, al mundo republicano estricto. Y en este particular diremos, ante todo, que era más fuerte la base que la cúspide, el sentimiento difuso popular que las figuras y los partidos.

Apenas si quedaban restos del republicanismo histórico —el hijo de la primera República— aunque sí de un partido que había sido muy peligroso en su día, por su signo batallador y a su manera bronceadamente hispano: el Radical, de don Alejandro Lerroux. Más decidido éste, con sus sesenta y siete años, a borrar un pasado jacobino, cuál pecado de juventud, sólo podía ofrecer ahora, como fruto apetitoso, un conservadurismo burdo y una leyenda de poca moral política en buena parte de su gente. A pesar de lo cual aún arrastraría extensos sectores de la clase media española, según se vería luego, en las primeras elecciones.

Tan apolillado como el Radical era el partido Radical-Socialista, cuya sola doctrina parecía ser la de un anticlericalismo decimonónico. Sus dos figuras, Marcelino Domingo y Alvaro Albornoz, podían también llevarse tras sí el apoyo de otro sector muy español: el que consideraba que todos nuestros males procedían de la pretérita influencia eclesiástica en la vida del país.

El partido de Acción Republicana era, al menos el 14 de abril, sólo su jefe: don Manuel Azaña. Personalidad casi inédita para la masa general de españoles aparecía, sin embargo, aureolada de un prestigio intelectual muy conveniente, pues, no debe olvidarse que una de las banderas que había izado la República era la de la intelectualidad, de la parte más bullidora de esa intelectualidad. ¿No resultaba natural que tuviera en el régimen un representante cualificado?

Los dos progenitores del partido titulado Derecha Liberal Republicana habían sido personajes de la Monarquía, y uno de ellos —don Niceto Alcalá Zamora—, incluso ministro. Don Miguel Maura le hacía compañía, y ante ellos se presentaba una tarea inmediata y urgente: la de atraerse y republicanizar las antiguas clases monárquicas, tarea que tenía grabados todos los estigmas de un anticipado fracaso. Era muy difícil que un devoto del viejo régimen perdonase a quienes lo habían barrido de la Historia de España.

Afin al grupo de Azaña, al que acabaría incorporándose, estaba la O. R. G. A. (Organización Republicana Gallega Autonomista) de Santiago Casares Quiroga, y en Cataluña había surgido súbitamente la Esquerra Catalana, del viejo Francisco Maciá y de Luis Companys, pronto su sucesor, donde se canalizaba el izquierdismo de la hora y el viejo independentismo radicalizado, el del Estat Catalá, inmerso en el nuevo partido.

Otros grupos eran más bien grupitos, que no merecen ni el espacio de una cita escueta.

Una nota aparecía aquí común a todos ellos, partidos grandes y partidos chicos: su desfase en el tiempo, su falta de modernidad, su

casticismo, su caminar bajo el peso de una tradición a la que decían oponerse.

El problema

En 1931 España aparece —en rigor, viene apareciendo desde hace muchos años—, como un problema. Son muchos los que se preguntan qué somos y qué debemos ser, lo que quiere decir que nos ignoramos realmente y que, por lo tanto, caminamos históricamente a ciegas. La pregunta, el problema, son imposibles para un inglés o un francés, para un escandinavo o un americano; y aún podría decirse, que para un árabe o un chino.

El que se vea a España como una cuestión es tanto como decir, que no se acepta por todos, o al menos por la generalidad de los españoles la existencia de una plataforma común de convivencia, de unos límites dentro de los cuales pueda moverse cada cual sin peligro de conmoción o catástrofe, de una ruptura con lo fundamental.

He aquí, sin embargo, que ha nacido una gran esperanza. Estamos en el 14 de abril de 1931, y muchas de las más eminentes cabezas pensadoras creen que se ha abierto una nueva era, un renacer, donde todo lo bueno será posible. Es un momento expectante, quizá frágil. ¿Se resolverá en él, el eterno problema español?